

## BIBLIOGRAFÍA

presentarse para una libertad. La legitimidad del filosofar es su propia constitución de actividad libre, que tiene su fundamento (dóxico) en el valor de la verdad.

Las tareas concretas que tiene que cumplir la filosofía especifican su modalidad: "La filosofía realiza el conocimiento del principio particular o de la mediación de principios particulares, y en este sentido es *disciplina particular*. Ella realiza el conocimiento de la interrelación de los principios, y así es *doctrina de la ciencia*. Y realiza el conocimiento de sí misma, y así es autodeducción de la filosofía o, como se ha dicho también, *filosofía de la filosofía*. Realiza finalmente el conocimiento del principio fundamental, y en ello es *doctrina de la aparición del absoluto*, y dentro de esta doctrina, *doctrina del principio originario* o del absoluto mismo" (193).

Por último, la filosofía, en su totalidad, sólo es posible como vida; aún más, es la forma más alta de vida, por ser vida en la verdad (219-233).

---

Lauth, como se puede apreciar, se coloca decididamente del lado de la filosofía trascendental, tal como Fichte la plasmó en la *Doctrina de la Ciencia* de 1804 (traducida por mí en Aguilar). Sin embargo, y a pesar de que Lauth recoge casi toda la nomenclatura filosófica de Fichte ("evidencia genética", "inteleción", "vida en la ver-

dad", "voluntad de afirmación", "luz", etc.), apunta más alto que Fichte, sobre todo, en lo concerniente a la tematización de los principios y del absoluto.

La obra de Lauth tiene un cuño específico, muy alejado de las introducciones filosóficas al uso. Obliga a pensar, y, lo que es más importante, exige a la reflexión que se reconozca como reflexiva, hostigando al lector con el recuerdo laborioso de cada uno de los pasos ganados, que es el modo de llegar al final con la visión total e intuitiva de una sola intelección, desgranada como justificación de la filosofía.

JUAN CRUZ CRUZ

LEVESQUE, G., *Bergson. Vida y muerte del hombre y de Dios*. Herder, Barcelona, 1975, 150 págs.

La presente obra constituye una sugestiva exposición de dos temas capitales en el pensamiento de Bergson y de cualquier filósofo: Dios y el hombre. Su autor demuestra tener un alto concepto de la filosofía cuando desdena, con gran acierto, las consideraciones biográficas a que se presta un estudio acerca de tales temas (pp. 7-12) y cuando describe su propósito como el intento de acompañar el pensamiento de un gran filósofo neutralizando toda toma de postura particular (p. 141). Sin embargo, es de lamentar que no haya acompañado hasta el final

## BIBLIOGRAFIA

a Bergson en su tarea de filosofar, ya que la obra adolece de una notoria endeblez en las referencias a los núcleos temáticos, que, junto con las referencias históricas, son los dos grandes ejes de coordenadas donde se inscribe el pensamiento de cada filósofo. Citaré algunos ejemplos.

Según Levesque, Bergson quizá sea el único que se ha tomado en serio la creación (p. 114), bien sabido que por creación debe entenderse en este caso la emoción (pp. 118-119). Pero ¿es la emoción una versión seria de la creación? ¿Lo es siquiera de la producción artística o científica? Uno estaría tentado, en principio, de pensar todo lo contrario. A alguien podría ocurrírsele afirmar que el eco es la causa de la voz, o que la vibración de las notas en la caja de resonancia de la guitarra es la razón del movimiento de sus cuerdas; pero ¿sería eso serio? Confundir la inspiración del artista con la emoción, ¿no parece la interpretación del arte hecha por un mero espectador, antes que por un artista? En todo caso, el planteamiento y dilucidación de preguntas como éstas, decisivas e imprescindibles en un estudio filosófico del pensamiento de Bergson, se hacen desear en esta obra.

Por otra parte, Levesque señala con acierto tanto las relaciones antitéticas que guardan entre sí la materia y la vida en la doctrina bergsoniana (p. 35 ss.), como su síntesis, unidad última o principio simple en la emoción (pp. 114 y 121). Pero esa

coexistencia de los contrarios en la emoción, así como su despliegue desde la misma, requerirían una consideración ulterior y particularmente atenta, pues ¿cómo puede hablarse de "unidad" o "principio simple", cuando la emoción es puro vaivén e inconstancia, o sea, no es, aparentemente, una ni simple? Y supuesto que fuera tal, ¿cómo es posible, si la creación es emoción o unidad de materia y de vida, que el esfuerzo creador se prosiga (p. 124), sólo por el lado de la vida? ¿En qué se basa la descalificación de la materia, siendo así que es la inmediata manifestación del impulso creador? ¿Por qué no considerar dialéctico el evolucionismo bergsoniano (p. 113), si es un proceso con momentos antitéticos y sintéticos? Todas éstas son cuestiones cuyo tratamiento se echa de menos en el estudio de Levesque.

Algo semejante a lo indicado sucede cuando alude el autor a las nociones bergsonianas, de vida, inteligencia, materia, experiencia, amor: se habla de ellas como si fueran lo más conocido, se dan por supuestas, no se las considera. Tal falta de atención a los temas es, sin duda, lo que ha impedido a Levesque desprenderse de la literalidad de los planteamientos de Bergson, de los que es a todas luces un buen conocedor. Su exposición, en consecuencia, mantiene una fidelidad un tanto externa, que en ocasiones le priva del distanciamiento necesario para poder atender a los problemas de congruencia interna, o que,

cuando intenta distanciarse, da lugar a ciertas infidelidades, como por ejemplo: la separación entre intuición y método (pp. 12 y 17) y la equivalente separación entre saber filosófico y emoción (pp. 120-121).

A pesar de estas deficiencias, la nitidez de la exposición hecha por el autor, unida a su buen conocimiento del universo mental bergsonianos hacen de esta obra una recomendable introducción a la problemática teológico-antropológica del pensamiento de Bergson.

IGNACIO FALGUERAS

MARTÍNEZ FREIRE, Pascual, *Lógica matemática. Primeras lecciones*, Biblioteca matemática, Madrid, 1975, XVI y 176 págs.

Martínez Freire ha recogido en este libro algunos de los frutos de su actividad docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense. Sin agobio de símbolos, de modo intuitivo, con recurso frecuente a ejemplos, explica, con detalle y sin repeticiones inútiles, de modo accesible al alumno sin conocimientos previos, los tópicos básicos de la Lógica matemática, con atención especial a la Lógica de enunciados. Los ocho capítulos que constituyen el libro se agrupan en cuatro partes bien definidas que se ocupan de las nociones elementales, la Lógica de enunciados,

la Lógica cuantificacional, y la teoría de clases y relaciones, respectivamente.

En el primer capítulo —*Nociones elementales* (págs. 1-19)—, el autor expone algunas distinciones fundamentales como las de materia y forma de los enunciados, verdad y corrección, palabras fácticas y palabras formales, símbolos y signos, y señala los tres órdenes de consideración de los signos: pragmático, semántico y sintáctico.

Los capítulos segundo, tercero y cuarto los dedica el autor a la Lógica de enunciados. En el segundo —*Fundamentos de Lógica de enunciados* (10-44)—, define las nociones de enunciado, valor de verdad, lenguaje y metalenguaje; examina los distintos funtores enunciativos (negador, doble negador, conjuntor, disyuntor, excluidor, contravaleador, implicador, replicador, y equivalador); establece las convenciones de fuerza y puntos para eliminación de paréntesis y los criterios para simbolizar enunciados e interpretar fórmulas; y expone la técnica de las tablas de verdad como criterio para investigar si una fórmula es realizable, tautológica o anti-lógica, o si un argumento es bueno. En el capítulo tercero —*Leyes enunciativas* (45-70)—, el autor se ocupa de la expresión simbólica de los principios de identidad, doble y triple negación, no contradicción y oposición afirmación-negación, de la distinción entre leyes y reglas lógicas, y de las leyes que expresan las propiedades fundamentales de cada uno de los